

*El hombre y  
el puma de  
Schrödinger*





El hombre  
y el puma de  
Schrödinger

Título: El hombre y el puma de Schrödinger.

Autor: José F. G. Rodríguez.

Idioma: español.

Diseño de portada: autor.

## El hombre y el puma de Schrödinger

El atardecer coloreaba las nubes que adornaban el indómito cielo patagónico. Tras una ardua excursión a solas, el hombre solo podía pensar en su regreso. Estufa, carne y cerveza: la coronación perfecta de una agotadora jornada de extenuante aventura. Miró su reloj. Si bien se le estaba haciendo tarde, alcanzaría a llegar a la caseta del guardaparque bajo la luz del día, eso era lo importante.

El hombre se distrajo por un ruido proveniente de los matorrales circundantes, aunque no logró identificar de cuál de todos. ¿Podría ser un puma? No era frecuente verlos en esa zona, solían alejarse de los grupos de personas. Sin embargo, él iba solo. La distracción duró más de lo debido, sin darse cuenta pisó sobre una enorme roca al borde del sendero y se torció el tobillo. Un intenso dolor le quemó desde la parte inferior de la pantorrilla hasta la nunca. Trató de reincorporarse, pero cuando retomó el control de su cuerpo ya era demasiado tarde. Cayó de costado; las costillas sopor-

taron todo el peso del cuerpo y rodó loma abajo. Tras varias vueltas, y aún más maldiciones, perdió el conocimiento.

El hombre se despertó asustado, miró a su alrededor; al parecer solo había estado inconsciente un par de minutos. Poco a poco fue tomando conciencia de su situación; el dolor emergió lenta pero inexorablemente en varias partes de su cuerpo. Parecía que lo hubiese arrollado un auto, aunque la comparación era injusta, ya que nunca había sido atropellado por uno. Sin embargo, era la única manera que tenía de explicar cómo se sentía: destruido. Era como tener vidrio molido pegado a los huesos, como si los músculos hubiesen sido apaleados y la columna tuviese la firmeza de una soga. Los diversos tipos de dolor lo agobiaron, aunque era mejor que no sentir nada, significaba que estaba vivo. Al menos así se consolaba a sí mismo: «Lo peligroso es dejar de sentir». La adrenalina decantó, dando paso a una respiración agitada y discontinua. «Debo calmarme», se dijo una vez tras otra. Se forzó a inhalar cada vez más lento, retener, y exhalar con control. Repitió el ejercicio unas cinco o seis veces. Cuando el vaivén de su pecho se

normalizó (en la medida de lo posible, considerando la situación), trató de ponerse de pie. Fue inútil. El corazón bombeó con fuerza; tuvo que hacer un gran esfuerzo para no caer en pánico. Sabía bien que sería lo único que lo salvaría de la muerte, lo había estudiado una infinidad de veces; aunque cosa muy distinta era vivirlo. Controló su respiración una vez más. Sacó su teléfono del bolsillo de la chaqueta con la esperanza de llamar al servicio de rescate; la pantalla estaba hecha trizas y ni siquiera pudo encenderlo. Miró al cielo, seguía igual de anaranjado, solo que ya no lucía tan romántico, sino como una oscura cuenta regresiva. Su corazón se rindió al pánico, solo era cuestión de tiempo para que se ramificara a todo el cuerpo. «En una hora», pensó el hombre, «la caseta de seguridad cerrará y se darán cuenta de que aún no he salido del parque; entonces enviarán ayuda». Solo debía esperar. El plan era simple, pero escondía una aciaga realidad: más temprano que tarde la temperatura bajaría. Su ropa térmica solo le permitiría resistir por unas horas hasta que el frío terminase apoderándose de todo su cuerpo, adormeciéndolo en un sueño eterno. Al menos eso era lo que había leído tantas veces. Ello sin dejar de mencio-

nar los... Un seco crepitar dejó en evidencia a un curioso visitante que lo vigilaba desde las sombras.

El hombre se tocó por todos lados buscando algo con qué defenderse. Encontró su cantimplora, que, por suerte, no se le había caído y contenía al menos un litro de agua; claramente no la usaría como arma. Se armó con una roca y con el piolet que había caído cerca. Se sintió un poco más seguro con ambos objetos en sus manos. «Solo debo aguantar una hora», se repitió. Las ramas volvieron a crujir, el hombre buscó a su visitante con la mirada. Un puma emergió desde los matorrales; se le acercó con andar seguro y determinado, inspeccionándolo con una mirada severa e imperturbable. El hombre, sin dejar de hacer contacto visual, tomó el piolet como si de una espada se tratase y esperó el inminente ataque. «Pelearé hasta el final; si tengo suerte, no estará muy hambreado», se convenció. No le arrojaría la piedra hasta que lo tuviera al frente, no quería perder su único proyectil. Esa era toda su menesterosa estrategia. El felino avanzó con una parsimonia impropia de su estirpe. No hizo el ademán de atacarlo, solo lo miró

fijamente, estudiando cada movimiento, cada gesto y cada objeto a su alrededor. Antes de llegar a una distancia que implicara un peligro para el hombre, cambió de dirección hacia la derecha, luego hacia la izquierda, y a la derecha de nuevo. En ningún momento le quitó los penetrantes ojos de encima; lo estudiaba con dedicación, como si intentara leerlo. El hombre empuñó el piolet con el corazón apretado.

El puma se detuvo, se sentó sobre sus patas traseras y habló. Su voz era la que se esperaba de un puma; suave, ligeramente carrasposa y adusta:

—Vas a morir.

—¿Vas a matarme? —preguntó el hombre de vuelta.

—No tengo que hacerlo, morirás de todas formas. Es más sencillo esperar —replicó, centrando su atención en el piolet.

—No tienes que quedarte, me vendrán a buscar. Luego volveré a darte toda la comida que quieras —trató de negociar el hombre.

—No van a llegar antes de que mueras. Lo sé, he visto a decenas como tú morir. Ya ni siquiera los cazo, solo aguardo a la distancia. No es un proceso agradable para ustedes; enfrentar la muerte en soledad los aterra, los vuelve locos. El alma muere antes que el cuerpo. Por eso me quedaré a tu lado, me parece lo más... humano.

La adrenalina por haber visto al puma decantó levemente; el miedo se tornó estable, como si el alma abandonase su cuerpo de a poco.

El puma se acostó manteniendo la distancia y preguntó:

—¿Por qué andabas por estos lados solo? La mayoría viene en manada.

—Andar en manada no es mi fuerte, me he mantenido aislado toda mi vida... —contestó el hombre con voz temblorosa.

—¿Por qué? La decisión más inteligente es mantenerse cerca de la manada, todo el mundo lo sabe.

—No lo entenderías.

—No pierdes nada tratando de explicarlo —insistió el puma en tono condescendiente—. No tienes otra cosa que hacer, ¿o sí?

El hombre guardó silencio, meditó las palabras del puma; tenía razón. Se armó de valor para controlar su voz, así como los temblores de su cuerpo, y respondió:

—Me aislé de la manada porque nunca me sentí integrado, pero claro, ¿cómo integrar a alguien que se aísla? Es una paradoja. Puedo asegurarte que lo intenté en más de una ocasión y en distintos contextos: trabajos, amigos, familia... y parejas. Con cada intento (y su respectivo fracaso) fui perdiendo un poco más la capacidad de conectar con las personas, hasta volverme insensible. En este punto de mi vida ya olvidé como inició este círculo vicioso. Desde pequeño experimenté la soledad, no esa circunstancial, sino aquella emocional que cala hasta lo más profundo del alma y no te abandona jamás. Amigos, fiestas, sexo, drogas, alcohol: nada llenó ese hueco. Fue como un perpetuo baño de hielo; al inicio me desesperé y manoteé para todos lados tratando de salir, luego me acostumbré a la temperatura y, finalmente, solo dejé de sentir.

»Debería sentirme arrepentido, pero ¿cómo entregar algo que nunca me dieron? Mi padre nos abandonaba cada vez que había un problema y mi madre vivía esclavizada por un trabajo agobiante, cuyo único motivo para soportarlo éramos yo y mi hermana. No dudo ni por un segundo que mi madre me amó con todo su corazón, y por ello odio las circunstancias que la alejaron de mí cuando niño; casi no tengo recuerdos de sus abrazos. ¡Cómo rogaría por un abrazo de ella en estos momentos! Dichos recuerdos son escasos pero preciados, al igual que los diamante; como tales, los almaceno en una caja fuerte escondida en las sombras de mi inconsciente, esperando a ser abierta en los momentos de mayor angustia y desesperación.

—¿Por qué no cambiaste? —preguntó el puma con ligereza, sin sopesar el peso de sus palabras.

—No es tan sencillo. Creé una barrera imaginaria, un muro de hielo. Fue el único remedio que encontré para evitar el abandono: evadir el apego. Ese fue mi refugio y prisión. Supe que una parte de mí había muerto cuando dejó de importarme repeler a mis cercanos con tal de no dejarlos cruzar esa barrera imaginaria

que yo mismo había construido. Con el tiempo dejaron de ser *cercanos*, y no los culpo, quién querría convivir con alguien que lleva todas las relaciones al límite. Porque así era yo, capaz de discutir, insultar o hasta amenazar con tal de tener la razón y no dar mi brazo a torcer. Estaba mal, ahora lo sé, pero quién me lo iba a explicar cuando mis padres pasaban ocupados y los maestros apenas recordaban mi nombre. El abandono se convirtió en una herida que jamás cicatrizó. Incluso ahora me reconforta tenerte a mi lado, aun sabiendo lo que me harás una vez haya dejado de respirar.

—¿Cuánto tiempo te mantuviste así? — indagó el puma.

—Así viví por muchos años: solitario, independiente y capaz. No necesitaba de nadie y nadie necesitaba de mí. Enterré todos los reparos, creyendo, cándidamente, que desaparecerían. Por el contrario, no hicieron más que explotar. Habiéndome autoexiliado de la manada no tuve a quien recurrir y, antes que me diera cuenta, todo había perdido sentido. Ya no quería vivir.

—¿Buscaste ayuda?

—Por un tiempo. De hecho, creí genuinamente que mejoraría. Pasé incontables horas hablando con psicólogos, psiquiatras y cada cierto tiempo incrementaban los medicamentos que hacían poco más que adormecerme. Pensaba que llegaría el día en que pudiese respirar tranquilo, sin esa maldita opresión en el pecho. Ese día jamás llegó. Lo mejor que pude hacer fue tragarme todo ese amargor y a responder «bien», cada vez que alguien me preguntaba cómo me sentía.

—Los humanos son fascinantes —concluyó el puma tras una breve reflexión—, tiene todo lo elemental al alcance de sus manos y, aun así, no les alcanza para vivir. Es como si nada fuese suficiente para hacerlos sentir satisfechos. —Hizo otra pausa en la que se relamió—. ¿Alguna vez intentaste quitarte la vida?

—No. No me maté, pero tampoco seguí viviendo; simplemente me agoté. Me fui apagando un poco más cada día. Los recuerdos me pesaban tanto que me dificultaban levantarme de la cama; como si dos manos negras me jalasen los pies al caminar. Podría decirse que fui débil, que me dejé vencer, sin

embargo, en la vida nada es tan sencillo como parece. Lo intenté, te juro que hice todo lo que estaba a mi alcance. Quise mejorar, ¡quién no quiere sentirse bien y ser feliz! Lo que más deseaba por aquel entonces era experimentar esa dicha que para otros parecía tan sencilla de alcanzar, y que para mí resultaba tan esquiva como las nubes.

»Cavé mi propia tumba y pareciera que ya no hay punto de retorno. Me arrepiento de no haber vivido realmente. Pude..., debí haberme matado cuando solo era un adolescente impulsivo e irracional. De alguna morbosa manera ello habría sido lógico, coherente, nadie lo habría cuestionado mucho. Hacerlo ahora, de adulto, parecería un gesto estúpido de inmadurez y exageración.

El hombre miró hacia el cielo, el atardecer había perdido su brillo rojizo. No quedaba más de media hora de luz natural y el frío ya le calaba hasta los huesos. Su cuerpo volvió a temblar, por unos preciados minutos había olvidado el dolor; hablar le hacía bien.

—¿No tienes una hembra? —preguntó el puma sin moverse de su sitio—. Aun sin manada podrías tener una.

—Tuve una... varias... demasiadas para serte sincero. Sin embargo, jamás fui capaz de amar con intensidad a ni una de ellas. Lo intenté, pero no pude. Algo me lo impedía: ese mismo anhelo de no ser dañado y que terminó dejándome solo, el más dañino de los estados. Todas fueron especiales y bellas a su manera, no perfectas, bellas. Y, lo más importante de todo, me amaron sin medida. Me aceptaban tal cual era, no debía fingir ni forzar una imagen idealizada de mí mismo. Lo único que debía hacer era ser auténtico y aceptarlas. Ni eso pude hacer.

»El problema siempre fui yo: mi rigidez, mi intransigencia. Creía, absurdamente, que ceder implicaba perder parte de mi dignidad, pero no, solo era construir una relación sana. Me contuve cuando debí dejarme llevar. Al darme cuenta de ello ya era demasiado tarde, estaba tan podrido que no me sentía capaz de amar de nuevo. Nadie que no esté en mis zapatos podría entender el miedo irrefrenable que provoca mostrarse vulnerable frente a otros

y perder el control. ¿Y de qué me sirve ese control ahora?

»Entre todas ellas hubo una en particular. ¡Cómo amaba a esa mujer! Era todo lo que podía pedir. Tenías sus problemas; nunca se había llevado bien con su madre y a veces se veía sobrepasada por ello. Cuando las cosas se complicaron demasiado me pidió que la contuviera, ¡qué gesto tan humilde! ¿Y qué hice yo? En vez de abrazarla entré en pánico y le dije que no podía hacer mucho más por ella. No tuve ni una pizca de empatía. No le grité, no le levanté la voz ni le dije malas palabras; mi indiferencia la golpeó más que todo ello junto. No sabes cómo me arrepiento de no haberla abrazado. No te imaginas cuantas noches he soñado con ese abrazo que no le di, con las caricias que no le regalé, las palabras de amor que me tragué y todos aquellos gestos que solo hice en mi mente. Alejarse de mi fue la decisión correcta; terminé solo y en compañía del único culpable.

—Después de eso, ¿la volviste a ver? —inquirió el felino. El hombre negó con la cabeza—. No me parece tan terrible tu vida, la de nosotros es similar. No hacemos vida

en familia, solo somos cuidados por nuestras madres hasta que nos podemos valer por nosotros mismos. Entonces nos independizamos para siempre. No pertenecemos a ninguna manada.

—¿No es un poco solitario? —preguntó el hombre.

—Sí, pero ello no es malo... tampoco bueno, simplemente es nuestra naturaleza. Ustedes, en cambio, pueden escoger cómo vivir. ¿Por qué eligen lo que les hace mal? Jamás lo entenderé. Tampoco me gustaría vivir como ustedes, para serte sincero. Me encanta deambular libremente por la Patagonia sin rendirle cuentas a nadie. Tengo lo que necesito: comida, agua y refugio. El silencio me da tiempo para pensar y, en ocasiones muy raras, tengo oportunidad de observar a los humanos a la distancia. Sin embargo, nunca había hablado con uno.

—Te envidio —refunfuñó el hombre.

—¿Por qué? Viviste en solitario porque lo escogiste. Si te hacía tanto daño solo debías

cambiar el camino. Ustedes, los humanos, pueden hacer eso.

—Es complicado —se limitó a decir, aunque, en realidad, no tenía una respuesta clara.

—¿Regresaste con tu familia alguna vez?

—Nunca me aparté de ellos..., no de todos al menos. Mi padre es una figura fantasmagórica, no tengo muchos recuerdos de él en mi infancia, solo su voz gritándome una y otra vez que no era suficiente. En retrospectiva, es curioso que nunca me dijo expresamente qué esperaba de mí. Se limitó a regañarme cuando hacía algo que no le gustaba como jugar en voz alta, no dejarle oír la televisión o no actuar según un código de conducta que solo él conocía y que nunca compartió conmigo. Esa voz carrasposa e inhibitoria se quedó grabada en mi cabeza y fue evolucionando hasta transformarse en mi propia voz.

»Mi madre es una historia completamente diferente. He pasado por cosas horribles en esta vida, que me encantaría borrar de mi pasado. Aun así, repetiría esta espantosa vida

solo para ser su hijo una vez más. En este punto me preocupa más la angustia que le causará mi partida que mi propia partida. Lo bueno es que no tengo hijos que lamentarán mi muerte. Nunca me imaginé como papá. Me conozco bien, de haber tenido hijos me habría convertido en un hombre muy similar a mi padre, y ahí sí que me hubiese odiado..., más de lo que me odio ahora.

»Como sea, siempre pude acercarme más a ellos, buscar cobijo. No lo hice porque la soledad, aunque dolorosa, también resultaba cómoda. No niego que también hubo vergüenza de que me vieran como débil o fracasado, de que me volvieran a ver como el niño asustadizo que había sido hace décadas atrás. Tampoco quería hacerles daño. No sé por qué, si nunca les hice nada malo..., al menos no a propósito. Sin embargo, hubo un momento de mi vida (no sé cuándo ni donde) en que una idea se enquistó en mi mente y, desde entontes, no la he podido erradicar: estoy contaminado y solo contamina a mi alrededor. Una nube negra me sigue a todos lados; si me muevo de un lugar a otro, de una persona a otra, la nube se disuelve en una estela de olvido. Por el contrario,

cuando me aquieto, se expande hacia todos lados, oscurece mi visión, consume a mis seres queridos y eventualmente dejo de verlos.

—¿Qué te hubiera hecho feliz? —preguntó el puma, acercándose con cautela. El hombre no se preocupó, no vio en sus ojos la intención de atacar.

—Me lo he preguntado hasta el hartazgo y aún no lo sé. Supongo que fama y fortuna hubieran apaciguado algo esta sed de insatisfacción, aunque a la larga hubiese estado presente de alguna forma u otra. Nunca me importó mucho el dinero, mientras que la fama... No, no era fama lo que buscaba, sino reconocimiento, que la gente viera que soy bueno en lo que hago. ¡Claro que me reconocían!, pero no por lo que yo deseaba; me daban palmadas en la espalda por ser buen estudiante, por ser tranquilo y, tiempo después, por ser un buen trabajador. «Adoctrinado» diría yo; les agradaba porque no les daba problemas. Nunca me sentí muy orgulloso de mis notas ni de mis ascensos, mi verdadera pasión siempre fue la literatura. He leído tantos libros que ya no los puedo contar; jamás hice nada con ello. Soñaba con escribir y ser reconocido como un

gran autor. He publicado un par de cuentos que tuvieron una buena recepción por parte de los lectores; podría sentirme satisfecho con eso..., debería sentirme satisfecho con ello. Pero no. No es suficiente; no es tanto halago ni reconocimiento como el que necesito. ¿Para qué lo necesito? No tengo idea, solo me hace falta. Odiaría morir en el anonimato, sin haber dejado impronta, sin trascender. Muchos dirían que la trascendencia es espiritual y no material ni terrenal. Tal vez tengan razón, pero es un axioma que no puedo asimilar.

—¿Por qué necesitas tanto ese reconocimiento? —inquirió el puma genuinamente interesado mientras lo rodeaba.

—Porque hay heridas que no sanan nunca, vacíos que no se llenan y gritos que no se acallan. ¿Cuántas voces tendrán que vitorear mi nombre para acallar la de mi padre?

El puma rodeó al hombre un par de veces más para luego recostarse sobre su regazo. Al principio sintió dolor, sobre todo en las partes fracturadas. Luego el dolor decantó, dando paso a un extraño cobijamiento. La presión sobre su cuerpo se sintió agradable y el calor

del animal compensó, en cierta medida, el frío que lo hacía temblar. El hombre acarició el lomo del puma; era extrañamente suave.

A lo lejos se oyó un helicóptero.

—¿Crees que me estén buscando? — preguntó el hombre.

—No lo sé, tal vez deberías descansar.

El hombre dejó caer el peso de su torso sobre el puma. Sentía un extraño escalofrío; mezcla del gélido viento y del calor que emanaba de su acompañante. No era una sensación del todo desagradable, lo que la volvía peligrosa; lo invitaba a cerrar los ojos y a descansar. Bien sabía que ese descanso no era más que el preludio de la muerte.

—Si otros humanos se acercan, ¿me dejarás libre? —preguntó el hombre.

—No es mi destino elegir quien vive y quien muere. Solo espero que pase lo que tenga que pasar —replicó el puma.

—¿Quién eres? Porque los pumas no hablan.

El felino hizo un extraño ruido con el hocico, lo que el hombre interpretó como una risa burlesca.

—No importa lo que soy, sino lo que vengo a decirte. En este momento hay dos realidades, dos futuros. Uno en el que vives y tienes una segunda oportunidad; otro en el que mueres esta noche en la Patagonia. En este preciso instante ambos son verdaderos. Estas dos realidades, en apariencia contradictorias, poseen algo en común: la posibilidad de fracasar y sentirse herido. En una, te lamentas por todos los arrepentimientos que me has expresado; en la otra, te frustras por seguir viviendo incapaz de cambiar. Sin embargo, no deja de ser eso: una posibilidad. Es lo que nunca entendiste; todos los futuros son igual de reales y factibles hasta que decides qué camino tomar. Y por supuesto que en la vida no hay garantías, luchar por tus sueños o por las personas que amas no te asegura éxito ni gozo. La cuestión es que la sombra de la herida estará presente en cada una de las decisiones que tomes. Entonces, ¿no es mejor salir herido intentando algo que amas en vez de algo que

odias? El final del camino es inevitable, solo puedes escoger como transitarlo.

El hombre no se pudo contener más y se quebró en un llanto desconsolado. El vaivén de la respiración del puma era como un reconfortante abrazo.

Se volvió a escuchar el helicóptero, esta vez mucho más cerca. Una oleada de esperanza embargó al hombre; solo debía mantenerse despierto un poco más. Lo que en palabras era sencillo, en la práctica le había costado un esfuerzo sobrehumano. Y, con la caída de la noche, la misión se sentía inalcanzable.

A lo lejos un potente haz de luz delató la posición del helicóptero.

—La pregunta ahora es —continuó el felino— ¿Qué haría si te dejasen vivir?

A duras penas el hombre contuvo el llanto. Tenía la boca reseca, el estómago le rugía por comida y un dolor le punzaba la zona lumbar. La pregunta del puma se oía cruel en aquellas circunstancias, como si le restregasen una oportunidad imposible.

—¿Qué sentido tiene ahora? —fue la desalentadora respuesta del hombre.

—¿Qué sentido tiene todo lo que has hecho en tu vida? —replicó el puma—. No hay más sentido que el que nosotros le damos.

El hombre guardó silencio pensativo por un tiempo indeterminable. Los parpados le pesaron y el sueño se hizo peligrosamente reconfortante. Toda fuerza abandonó su cuerpo y abrazó al puma para no caer. Los ojos se le cerraron involuntariamente mientras el estruendo del helicóptero se tornó ensordecedor e iluminó el bosque a solo unos metros del hombre. Antes de perder el conocimiento murmuró más para sí que para el puma:

—Viviría sin miedo...

